

José Revueltas

La muerte es un problema secundario

POR: VICENTE FRANCISCO TORRES

(Primera de cuatro partes)

El pasado 20 de noviembre, hubo una serie de actividades para recordar el nacimiento de José Revueltas (20 de noviembre de 1914) y para conmemorar su aniversario luctuoso (13 de abril de 1976). Quiero sumarme a ellas con una entrevista que le hice un poco antes de que muriera; conversación que apareció en mi libro *José Revueltas el de ayer* (Conaculta, 1996). Como dato significativo, quiero agregar que fue la primera entrevista que hice en mi vida, movido por la admiración, pero también de la osadía típica de la juventud.

**Vicente Francisco Torres (V.F.T.)—
¿Hasta qué punto está relacionada tu obra con tu biografía?**

José Revueltas (J.R.)— Pues en un sentido social sí. Mis experiencias literarias son siempre experiencias políticas, desde *Los muros de agua* hasta *Los errores* o *El apando*. Como dice (ahora no recuerdo el apellido)... que a veces los escritores viven por experiencia literaria y no por experiencia existencial: viven para escribir y no escriben para vivir. Hay algo en mí de eso. La vida social y política, la lucha, me han servido para impregnarme de la realidad del país, porque yo soy no un escritor comprometido, soy un escritor ¡dentro del compromiso! Yo no me comprometo desde fuera, soy simplemente una persona comprometida desde dentro: mi vida es la Revolución, y otra expresión de mi vida es la literatura.

V.F.T.— Háblame del hecho que te lleva a escribir *El quebranto*.

J.R.— Siempre tuve una gran necesidad de escribir; digo necesidad, no voca-

ción. Cuando niño yo hacía un periodiquito casero (no recuerdo ni cómo se llamaba), escrito a mano, donde entrevistaba a mi mamá y cosas por el estilo. Y luego, cuando entré al movimiento revolucionario, ya no tenía que escribir cosas infantiles sino cosas ya formales. Esto es antes de que me llevaran a la correccional.

V.F.T.— De dónde viene *El quebranto*...

J.R.— Sí. El primer capítulo corregido quedó en *Dios en la tierra*. Yo llegué en una actitud muy rebelde a la correccional pues me consideré siempre un preso político y no un preso común. Yo exigía garantías a mi condición de preso por ideas. El director padecía mucho conmigo, porque inmediatamente que me adherieron a un taller (de tipografía, por supuesto), declaramos una huelga de hambre. El doctor Zamayoa, que era el director del penal, de la escuela correccional, me llamó y me dijo: mira, tú eres un muchacho decente, tu familia es muy honrada, vente a trabajar conmigo como secretario. Entonces yo le dije: mire doctor, hay un elemento imposible de cumplir: su casa tiene puerta hacia la calle, y yo no le puedo prometer que no me vaya salir; me voy y ya no regreso, puesto que estoy preso injustamente. Así, el pobre doctor Zamayoa me dijo: "no tiene remedio". Me aislaron entonces (cosa que a mí me convenía mucho), en un garitón con vigilante de vista. Ahí me llevaban algunos libros los compañeros del Socorro Rojo, yo me pasaba el día leyendo. Aprendí muchísimo y ahí me hice más o menos marxista. ☺

ENTREVISTA

En *El asesino de la palabra vacía* (Universidad Veracruzana, 2006), Héctor Orestes Aguilar reúne una serie de textos a caballo entre el ensayo y el periodismo en torno a la cultura centroeuropea de fines del siglo XIX y principios del XX. Escritas entre 1991 y 2003, estas crónicas de viaje y de lecturas inquietantes reflejan asimismo la visión del autor de *Un disparo en la niebla*, sobre el panorama cultural en Austria, Hungría y Alemania, antes y después de la caída del muro de Berlín.

—¿Cuáles son los temas en común en las obras de los escritores centroeuropeos, de quienes escribes en este libro?

—La depauperización extrema del lenguaje, el resquebrajamiento de la intimidad del sujeto en aras del espectáculo político y social, y la vacuidad e ineficacia del orden ético imperante, son algunos de los problemas abordados por escritores como Karl Krauss, Arthur Schnitzler, Hugo von Hoffmannsthal en una gran cantidad de obras periodísticas, literarias y dramáticas. Krauss se enfrenta de una manera radical y muy beligerante al poder de los medios de su época, concretamente a *La nueva prensa libre*, un periódico que alimentó el ánimo bélico que terminó en la Primera Guerra Mundial. Schnitzler se ocupó de la rapidísima desintegración de ciertos elementos del orden ético de su época. En sus obras se pueden apreciar los problemas que fueron tratados por el psicoanálisis: cómo funciona el deseo, la libido. Los personajes tiran largos monólogos ante el público como si estuvieran en una sesión terapéutica.

—¿Krauss es el asesino de la palabra vacía?

—Krauss liberó una lucha mortal contra la vacuidad del lenguaje. Él se



Héctor Orestes Aguilar

Recorrido por la otra Europa

POR: ADRIANA CORTÉS KOLOFFON

Héctor Orestes Aguilar reúne una serie de textos a caballo entre el ensayo y el periodismo en torno a la cultura centroeuropea de fines del siglo XIX y principios del XX.

dedicaba a coleccionar citas de diferentes periódicos para satirizarlas sin piedad en su revista *La Antorcha*, de una forma parecida a como lo hace Carlos Monsiváis.

—Hablas también de la relación entre Sergio Pitol y Egon Erwin Kitch...

—Kitsch inventa la crónica ficción que sirvió de modelo a Fernando Benítez para escribir *Los indios de México*. Pitol, quien fue a una exposición sobre Kitsch en Viena, retorna la figura del

periodista praguense —esa es mi hipótesis, al menos— como el trasunto para el personaje principal de *El desfile del amor*, Miguel del Solar, un historiador que hace lo mismo que Egon Erwin.

—¿Qué favoreció la riqueza cultural en la Viena de 1900?

—Se vivieron fenómenos de transgresión, de rompimiento con las estructuras establecidas o anquilosadas. Los fenómenos de liberación de las costumbres de la aceleradísima modernización de la vida en Austria-Hungría se dieron de forma casi simultánea y paralela en las grandes capitales y en las ciudades más pequeñas. Había una facilidad del desplazamiento en todos los confines del imperio. El sujeto perdía los límites de su identi-

dad. Alguien que vivía en Trieste tenía la facilidad de educarse en alemán, aprender alguna lengua eslava y convivir con una serie de nacionalidades que vivían en ese enclave.

—¿Por qué incluyes un capítulo sobre los cafés en Austria?

—En Austria el café era una institución mucho más importante que en otras capitales de Occidente, como los clubes en Inglaterra o los salones en Francia, donde se hacía vida social. A diferencia de ellos, se pasaba gran parte del día no sólo leyendo, sino trabajando. Hace quince años estuve en el Café Central o el Museum de Viena donde encontrabas periódicos de toda Europa e inclusive estadounidenses. Los cafés que más han conservado este carácter son los menos turísticos. El que más me gusta es el Sperl, donde te prohíben usar celular.

—¿Qué impresión te dejó el consultorio de Freud?

—El museo guarda una serie de fotografías que Freud hizo antes de partir hacia Inglaterra. Es una cosa muy extraña ver cómo tenía una conciencia de lo que iba a ser su legado y mandó a hacer estas fotos, ahora reproducidas en fotogramas amplificadas. Allí está el diván, toda la colección de objetos arqueológicos egipcios, sus fetiches.

—Berlín: ¿una ciudad que experimenta una asincronía, es decir, un desajuste en la marcha del tiempo?

—Esto fue muy perceptible en el Berlín de los noventa porque la ciudad sin muro se abrió a toda una zona geográfica que había estado viviendo bajo el socialismo real. Cuando cae el muro empieza a convivir con el Berlín occidental. La parte oriental de Berlín vivía una época muy distinta de la occidental. Incluso en ciertos barrios cercanos a la Alexander Platz hay edificios cuyos muros conservan huellas de la metralla de la Segunda Guerra Mundial. Eso es muy alucinante.

—¿Qué representa para nuestra actualidad la cultura vienesa de fin de siglo?

—Creo que es un acervo fascinante e inagotable para entender mejor lo que nos pasa ahora. Tanto en Austria-Hungría como en las sociedades que van a surgir del fin del imperio son sociedades occidentales y son a la vez excéntricas, diferentes a las sociedades occidentales de las grandes metrópolis que son consideradas como los centros canónicos de Occidente como Londres, París, Roma y Madrid. Austria-Hungría es una forma muy especial de ser occidental, parecido al de las sociedades de América Latina: son absolutamente occidentales y por lo tanto centrales, pero al mismo tiempo situadas en coordenadas geográficas y en formas culturales excéntricas, y eso es lo que hace tan fascinante para nosotros la recepción de los autores de las obras de la Viena de fin de siglo XIX y de cambio al siglo XX. ☺